



Sr. Gral. D. Porfirio Díaz

## GENERAL DE BRIGADA.

### DEFENSA DE PUEBLA.

**Q**UANDO en San Andrés Chalchicomula, el señor General Díaz recibió del Gobierno la orden de marchar con su Brigada hasta Jalapa y encargarse interinamente del Gobierno del Estado de Veracruz, substituyendo á La Llave, que había sido llamado á la capital por D. Benito Juárez.

Cuando el General Díaz regresó á San Andrés Chalchicomula, el denodado Zaragoza, víctima del tifo, había ya fallecido en la Ciudad de Puebla.

Á la muerte del General Zaragoza, se dió el mando del ejército de Oriente al General D. Jesús González Ortega, y en la nueva organización de dicho ejército, quedó Porfirio Díaz con su Brigada, en la División de Berriozábal.

Entretanto, al saber Napoleón que sus tropas, juzgadas invencibles, habían sido derrotadas el día 5 de Mayo, decidió retirar el mando de ellas al General Laurencez y substituirle con Forey, que llegó á Veracruz á fines de Septiembre de 1862.

Nuevas y numerosas tropas francesas seguían siendo enviadas á nuestro territorio, y el 24 de Octubre del mismo año, se presentó Forey en Orizaba, mandando una potente División perfectamente armada.

Mientras Forey, por tres diversos caminos, emprendía su avance, nuestras tropas, sin dejar de hostigar al enemigo, se retiraban hacia

Puebla, que estaba ya fortificada y puesta en las mejores condiciones posibles de defensa.

El día 9 de Marzo de 1863, los Generales Bazaine y Douay, al frente de dos fuertes Columnas de diez mil hombres cada una, se detenían, el uno en Amozoc, y el otro en Acajete.

El 17 del mismo mes de Marzo, daba Forey principio á las operaciones de sitio, con 22,600 soldados franceses, 50 piezas de artillería y 7,500 reaccionarios ó traidores que le servían como auxiliares contra los defensores de la Patria.

En la mañana del día 18, dos poderosas Columnas, de diez mil hombres cada una, se desprendían del camino de Amozoc hacia dos opuestos rumbos, para ir estableciendo, fuera del alcance de los cañones de la plaza, su línea de circunvalación de la ciudad fortificada.

En la tarde de aquel mismo día, las dos Columnas se habían, á tal distancia, separado la una de la otra (unos cuarenta kilómetros), que varios jefes, y el General Díaz entre ellos, previo el permiso necesario, propusieron al General en jefe, batir primero, y en esa misma noche, á una de dichas dos Columnas, para caer después sobre la otra.

El General en jefe, tal vez por falta de aptitudes estratégicas, ó por simple cuestión de amor propio, no aceptó la oportuna y sensata medida propuesta por sus jefes subalternos, perdiendo así la más propicia ocasión de destrozar al enemigo.

Al día siguiente, las cabezas de aquellas dos Columnas se unieron en el cerro de San Juan, punto diametralmente opuesto al lugar de su partida.

La maniobra de circunvalación estaba terminada, y el 19 de Marzo, puestas ya en batería algunas de las piezas de los sitiadores, la voz de los cañones anunciaba el principio del combate.

Fué al empezar el sitio de la plaza, cuando un hombre valiente, D. Manuel González, que más tarde habría de ser General de División y Presidente de la República, se presentó al General Porfirio Díaz, pidiéndole un fusil y un puesto entre las filas del ejército republicano.

«D. Manuel González había llamado mi atención en varios encuentros, lo mismo en Oaxaca, en el ataque de la esquina del Cura Unda, el 8 de Enero de 1858, que cuando lo mandó Cobos, el 5 de Agosto de 1860, á cerrarnos la retirada para la sierra; pero tanto como admiraba su valor, se me había hecho odioso, porque en aquellos

tiempos de poca tolerancia, lo eran todos los enemigos que de alguna manera se distinguían.

«Por ese motivo, y no obstante que personas de su familia me habían hablado para que me interesase con el Gobierno, á efecto de que fuese admitido en nuestras filas, me había negado á hacerlo; pero un día, poco antes de que los franceses cerraran el sitio de Puebla, se me presentó, diciéndome poco más ó menos:

—«He solicitado de Ud., varias veces, que me ayudara á conseguir un lugar en las filas del ejército mexicano, con mi carácter de Teniente Coronel; Ud. se ha negado, ó no ha podido conseguirlo del Gobierno. Ahora ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque al enemigo no sólo le tenemos dentro del país, sino muy próximo á atacar esta plaza; vengo á pedirle á Ud. otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense que, como Ud., también soy mexicano y sé morir por la patria.»

«Le contesté que á un hombre de sus antecedentes y que tan generosamente ofrecía sus servicios, no le podía poner en las manos un fusil; pero que tendría lugar á mi lado como un amigo, y que pronto le facilitaría la ocasión de que se diera á conocer....

«En efecto, cuando los franceses aún estaban estrechando el diámetro de su línea de contravalación, propuse un día al General en jefe ir á batir un puesto algo distante de sus vecinos y aún no comunicado con ellos, porque no se había terraplenado ó colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí....

«Puse una compañía á las órdenes del Teniente Coronel Manuel González, la que maniobró tan bien y con tanto éxito en su operación, que á mi regreso, cuando todo había concluido, el General en jefe me preguntó quién mandaba aquella Compañía, y aproveché la ocasión para presentarle á González, mandándole en seguida que se retirase.

«Referí al General en jefe la manera con que este oficial se me había presentado, y entonces dió orden al Cuartel-maestre, que se hallaba presente, para que González fuera dado á reconocer como Coronel.

«No sé si fué por equivocación ó porque el General en jefe quiso darle el ascenso....

«Se le quiso hacer pasar al Estado Mayor del Cuartel-maestre.... Supliqué al General en jefe que González quedara á mi lado para emplearlo como oficial de filas.

«El ejército de Oriente se concentró en Puebla, en Diciembre de

1862, y en Marzo siguiente comenzó el sitio por los franceses. Al principio, la Brigada de mi mando no tuvo colocación en la línea, y por varios días permaneció disponible como reserva.

«Cuando los franceses llegaron al frente de Puebla y comenzaron sus operaciones de sitio, destacaron una Columna como de diez mil hombres por nuestra izquierda, y otra igual por la derecha, que marcharon todo el día con la intención visible de envolver á la ciudad en una línea que iban estableciendo fuera de tiro de cañón, con intención también, muy marcada, de estrechar después su diámetro y tomar en la nueva línea posiciones definitivas. Observado ésto desde el cerro de Guadalupe, durante el día de esa maniobra, por los Generales La Llave, Berriozábal, Antillón, Negrete y por mí, fuimos todos juntos, previo permiso correspondiente, á proponer al General en jefe un plan de ataque, que debía ser ejecutado precisamente en esa noche, porque más tarde sería inoportuno.

«La cabeza de cada una de las Columnas que envolvían á la plaza, distaba de su centro y núcleo principal, diez ó doce horas de marcha, de día, y mucho más si se ejecutaba de noche, por los accidentes naturales del terreno, distando de nuestra línea de defensa dos tiros de cañón. Por consiguiente, podíamos atacar á una de esas Columnas, con seguridad de que el núcleo principal del ejército enemigo, no podría protegerla, y una vez derrotada, como era muy probable que sucediera, la fuerza victoriosa reforzaría la parte de nuestra línea que hacía frente al núcleo principal del enemigo, pues estando éste en la imposibilidad de proteger á sus Columnas, podría atacar á la plaza por el lado más próximo, y nuestras tropas de refresco atacarían á la Columna de la izquierda, para atacar después, todos juntos, al centro.

«El General González Ortega arguyó mucho, negándose siempre á aceptar nuestro proyecto, lo mismo que el General Mendoza. Después de media noche, y perdida toda esperanza, salimos cada uno á ocupar nuestros puestos muy desanimados, y previendo claramente cuál sería, como lo fué, el resultado del sitio...

(Al salir de esta entrevista, el General La Llave, dirigiéndose á los otros Generales, exclamó indignado: NO NOS QUEDA MÁS REMEDIO, QUE MORIR AQUÍ COMO MARRANOS).

«Y cuando al fin de dos días, se encontraron en el cerro de San Juan las cabezas de las dos Columnas francesas que nos circunvalaban, el enemigo instaló en él su Cuartel general, y la línea de contravalación quedó definitivamente establecida.

«El primer punto objetivo del enemigo, casi sin emprender operación importante en lo demás de la línea, fué el fuerte de San Javier. Estableció allí su primera paralela, amagando simultáneamente á dicho fuerte y á otro que le seguía por el Sur y que se llamaba «Re-dientes de Morelos.»

«Establecidas sus baterías en la segunda paralela, demolió con ellas, el 26 de Marzo de 1863, no sólo las fortificaciones, sino gran parte del edificio de San Javier, en donde estaba la Penitenciaría, y después de varios días de cañoneo muy vivo, lo tomó por asalto; y las tropas que lo defendían se retiraron á colocarse en las manzanas vecinas, presentando siempre al enemigo una línea de fortificaciones pasajeras.

«Continuaron los ataques casi diarios, por medio de los cuales los franceses seguían ocupando algunas manzanas, y nuestras fuerzas tomando sucesivamente las posiciones contiguas.

«En la noche del 1º de Abril de 1863, recibí orden para mover mi Brigada de la plaza de San José, uno de los lugares destinados á las reservas, para ir á guarnecer la línea de manzanas que había frente al enemigo, situado de Sur á Norte, y que se encontraban en esos momentos cubiertas por la Brigada que mandaba el Gral. D. Mariano Escobedo, quien había venido defendiendo sucesivamente la serie de puestos, sobre los cuales el enemigo avanzaba con trabajo.

«La línea en que me iba á establecer, comenzaba por el Sur con la manzana en que está el convento de San Agustín; seguía para el Norte la del Hospicio, y toda esa faja hasta la Merced, situada en el extremo Norte...

«La manzana vecina á las mías, hacia el Sur, que era la última de la ciudad, estaba guarnecida por el batallón «Sánchez Román,» de la División de Zacatecas.

«Colocando mis tropas, ocupé toda la noche, hasta que amaneció, en recorrer la serie de manzanas que se me encomendara, lo mismo que las trincheras que servían de pasaje para ligarlas entre sí, y en ordenar la ejecución de todas las obras que me parecieron convenientes para poner mi línea en mejor estado de defensa. No fui atacado durante todo el día siguiente, y lo aproveché para reforzar mis fortificaciones, usando de todos los brazos disponibles.

«En los momentos en que yo relevaba á la Brigada del General Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, intercalada en mi línea, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía reemplazarla; y conocido el caso por el

Cuartel General, se me ordenó que no la disputara en esos momentos, sino que ocupara prontamente las que aún quedaban en nuestro poder. . . .

«En consecuencia, interrumpida la línea de manzanas que yo defendía, por la del Hospicio, mi comunicación tenía que ser tardía, y por detrás de la línea defendida.

«Como á las 6 de la tarde del 2 de Abril de 1863, comencé á sentir trabajos de zapa, procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa conocida con el nombre de «Cuartel de San Marcos.»

«Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero á poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones, y batirme en brecha el Cuartel de San Marcos.

«Me situé, desde luego, en esa casa, reforcé, hasta donde era posible, las obras de defensa de los puestos que daban á ese frente y coloqué tropa dispuesta á defender los balcones. Llegado el momento del ataque, y listas ya las defensas construidas dentro de la casa, comenzó á las 8 de la noche el fuego de una batería, que destruyó el muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaban á la derecha del zaguán, y rompió, con todo y los refuerzos que tenía, las hojas que las cerraban, convirtiendo todo ello en una ancha brecha.

«El techo de la tienda era de bóveda muy sólida; y por ese motivo no cayó, como razonablemente debieron esperar los franceses, puesto que le habían destrozado la base.

«Durante el cañoneo, aplicaron los franceses un fuerte petardo á la puerta del zaguán del Cuartel de San Marcos, que previamente había yo reforzado por dentro con baldosas del patio, las del mismo zaguán, y con un gran hacinamiento de tierra. Debido á esto, el petardo no causó el efecto esperado sobre la puerta, y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

«El asalto fué resistido enérgicamente durante más de 2 horas. . . .

«Hubo un instante solemne en que el ímpetu de la carga de los franceses, en el patio de la casa, desmoralizó á mis soldados, que llegaron á huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar, no permitió que se retiraran todos. En esos momentos disparé personalmente, contra los franceses, un obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntado para el zaguán, y la descarga á quema ropa, los aterrizó á tal grado, que abandonaron el patio que empezaban á ocupar, y se replegaron al zaguán.

«Entre mis soldados que habían huído, lo hicieron los del pelotón que servía el obús, quedando solamente el cabo. Entre él y yo cargábamos de nuevo la pieza, cuando del enemigo en grupo, se adelantó sobre nosotros un zuavo, que probablemente habría matado al cabo, si no salgo á su defensa.

«Quise sacar, al efecto, mi pistola; pero con los golpes que había sufrido en la refriega, se había desarticulado, sin que yo me hubiese dado cuenta de ello, y me quedé con el puño en la mano, y el cañón en la funda; el cilindro rodó por el suelo: arrojé aquél inútil puño al pecho del zuavo y me adelanté sobre él para desarmarle; pero como sintiera el golpe, se creyó, sin duda, herido, porque había muchos disparos en esos momentos, y regresó rápido al zaguán en donde estaban sus compañeros. \*

«El disparo del obús, y la retirada consiguiente de los franceses, reanimó á mis soldados que habían huído; muchos de ellos regresaron á su puesto, y parapetados en una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron tras ella y dirigieron fuego vivo sobre el zaguán, en donde había yo hecho una excavación para sacar material que sirviese de refuerzo á la puerta de la calle; esa excavación servía de abrigo á los asaltantes. Mandé, en tal concepto, al Teniente D. José Guillermo Carbó, con 50 hombres, que subiera al corredor del segundo piso de la casa, para batir desde allí á los que se cubrían abrigándose en dicha excavación. Como los fuegos de Carbó se hacían desde la altura, fueron tan eficaces, que poco los resistieron los franceses y se replegaron, al fin, á sus posiciones.

«Como á las diez y media de la noche, todo había concluido en la manzana de San Marcos.

«Una vez que el enemigo volvió á sus puestos fronteros, me adelanté con la tropa suficiente á cerrar la brecha que había abierto la artillería contraria, y á restablecer la terracería de defensa; obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería,

\* Hablando de este episodio, ha dicho el Sr. Gral. Díaz: *había comprado esa pistola vieja en un montepío, pues en aquellos días, nuestras circunstancias pecuniarias eran malas.*

Si un General de Brigada se veía reducido á tal extremo, ¿cómo estarían los oficiales y soldados?

Digna de admiración es la conducta de aquellos esforzados mexicanos, que tan abnegadamente se batían por la Patria, encontrándose casi en la miseria.

mas al fin la terminamos, y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de nuevo ataque, que tuvo efecto al día siguiente.

«Me ocurrió mandar hacer una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas á un soldado con una mecha encendida en la mano y cuatro granadas, con sus mechas respectivas, unidas todas por el centro, para poderlas incendiar á la vez, con orden de verificarlo y echarlas por la perforación, en caso de que el enemigo llegara nuevamente hasta donde antes lo hizo.

«Poco después que había terminado el referido asalto, vinieron á avisarme que en la calle de Las Cabecitas, que pertenecía también á mi línea, era atacado el Coronel D. Miguel Balcázar, jefe de esa manzana, y que se me había agregado esa misma noche, por lo insuficiente de mi Brigada, para cubrir la faja de manzanas cuya defensa se me encomendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado, y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento empleado horas antes contra el Cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, lanzaron por ella una Columna que, aunque fué resistida enérgicamente, ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo, y que por esa razón se llamaba la casa de la Cerbatana.

«Llegué en los momentos en que se perdía el citado primer patio, y ayudado por el Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera á la entrada del segundo patio, que se reforzó con otros objetos; y corriendo, volando, coloqué allí algunos soldados. El callejón que formaba el segundo patio, fué defendido heroicamente, y como quedaron cortados dos pelotones de nuestros zapadores en algunas piezas del primer patio, se batieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses; así es que mandé perforar los muros para comunicarme con aquellos valientes zapadores, á quienes pude, en tiempo, proveer de municiones.

«Practicada esa operación, y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar á los zuavos á la calle, cubriendo en seguida la brecha por donde habían entrado; y por medio de aquellas perforaciones y de aspilleras para fusil, preparé la forma de hacer fuegos convergentes hacia esa brecha, para el caso de que sus defensores se vieran obligados á retroceder, como acababa de pasar. Toda esa operación acabó al amanecer del 3 de Abril, y en ella se hizo notable, por su valor temerario, el citado Sr. Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, auditor del ejército.

«El 3 de Abril, como á las nueve de la mañana, comenzó un cañoneo de la misma mencionada manera, frente á una casa perteneciente á la propia manzana del Cuartel de San Marcos, por su lado Oriente (pues tal cuartel tenía su frente al Norte). Había encomendado al Coronel de mi Estado Mayor, D. Manuel González, la defensa de esa casa con una Compañía del batallón «Morelos,» de que era Capitán D. Máximo Velasco.

«Como ya el sistema de ataque de los franceses comenzaba á ser familiar, la defensa fué menos difícil. Los cañones usados en esa ocasión, eran más poderosos que los de que se habían servido en los dos ataques anteriores, pues no solamente destruyeron con sus proyectiles el muro exterior, sino dos más que le seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta una ancha brecha, que tenía las dimensiones de una calle. No pudieron, sin embargo, los franceses dar el asalto, porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación en que habían colocado sus cañones, los cuales fueron cubiertos con el pesado escombros. En aquellas circunstancias, mandé salir á la calle al Coronel González con sus soldados, con objeto de apoderarse de la batería; pero ésto fué imposible, porque tenía encima materiales que no era fácil remover bajo los cercanos fuegos transversales, que muy nutridos nos hizo el enemigo. Desistimos de la empresa, y pudimos, sin peligros, cubrir nuestra brecha, por no haber enemigo en la acera de enfrente.

«En la noche incendiamos el edificio desplomado, perdiéndose allí, por consiguiente, los montajes de los cañones, de los cuales, algunos, que habían quedado cargados, se dispararon á virtud del incendio.

«El Coronel González fué herido al finalizar este combate.

«Apenas concluido el ataque contra esas posiciones de González, y sin que precediera fuego de cañón, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha mal cubierta del Cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y dado que el paso por el zaguán era difícil, y estaba defendido desde el patio, se aglomeraron los zuavos en la tienda. En esos momentos, los soldados que la cuidaban, desde las perforaciones del techo lanzaron simultáneamente las cuarenta granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas; y como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa, los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que la parte fronterá de la casa se iba á derrumbar. No sucedió así, y al desaparecer los espesos nubarrones de